

Otro día, de desdichada memoria en la pequeña historia de la Glorieta, la inculcra de unos hombres y la desidia y abandono de otros, dieron en tierra con el ya mengscabado cuerpo de *Lorencete*. Y al desaparecer la simpática figura, que aún daba, con su presencia, perfiles de cierto encanto al abandonado parque en miniatura, la época de esplendor de la Glorieta desapareció también por completo y, con ella, aquel alegre jugar de los chicos, aquel danzar de las muchachas en torno a la fuente, entonando el «Mambrú se fué a la guerra», aquel melodioso trinar de los pajarillos, aquel platicar enjundioso del hermano Juan, del hermano José, del hermano Ramón... y, en suma, aquellos añorados y venturosos días de feliz recordación.

Sólo quedaban, como elementos pintorescos de la Glorieta, los viejos pinos. ¡Pobres pinos! ¿No os duele también a vosotros la desaparición de aquellos árboles que para todos eran poco menos que sagrados? Porque, ya lo sabéis, en el mismo sitio donde se había construido la Glorieta existió el segundo cementerio de nuestra ciudad (el primero, como era antigua costumbre en todos los pueblos, estuvo junto a la iglesia parroquial). Por esto, los pinos infundían tanto respeto y cariño a los ancianos contertulios de la Glorieta, que sabían que unos metros más abajo descansaban los restos de sus abuelos. Cuántas veces, el hermano Juan, el hermano José o el hermano Ramón evocarían a sus antepasados, señalando, pausadamente, con la extremidad del bastón, la bendita tierra aquélla.

¡Sagrados y venerables pinos los de la Glorieta, cuya savia tenía aún el jugo, también sagrado, que las profundas raíces tomaran junto a los restos podridos de aquel Juan Galindo, que fundó, con su hacienda, un hospital para recoger pobres, precisamente partiendo lindes con el segundo cementerio de Tomelloso!

¡Solos quedaron los pinos! Y así como el noble Marcelino y el popular *Lorencete* se hicieron viejos y pasaron a vida mejor, así ellos también se encorvaban lentamente por el peso de tantos años, y en las lúgubres noches invernales movían sus copas pausadamente, mientras el viento producía, al chocar contra sus ramas, un silbido funesto.

Por fin, y ante el temor de que se derrumbaran el día menos pensado, causando alguna desgracia, los pinos fueron sacados y la Glorieta perdió su último atractivo.

* * *

¿Comprendes ahora, lector amigo, la razón de esta melancolía que se apodera de mi ánimo, al atravesar junto a las rejas de la antigua y olvidada Glorieta? Hoy sólo queda este recinto como evocación de un ayer lejano que todos añoramos desde el fondo de nuestro corazón.

Pero no te detengas, lector, ante este cadáver sin alma. Pasa de largo junto a las rejas de la Glorieta y procura que no te asalten, tal como a mí me ha sucedido, esas alucinaciones que me han hecho ver otra vez, moviéndose como fantasmas entre los nuevos arbustos que ahora pueblan este jardinillo, las figuras venerables de Marcelino y *Lorencete* y escuchar la voz pausada y sentenciosa del hermano Juan, del hermano José o del hermano Ramón, mientras otro anciano mece sobre sus piernas al jugueteón nietezuelo, que quedó rendido cuando el abuelo le refería aquel cuento del hijo del leñador que salió a buscar fortuna. Y hasta me parece oír de nuevo, como saliendo del más apartado rincón, aquella frase que salpicaba todos los cuentos de la época:

—Andar... y andar... y andar...

Jorge Luis de Montesinos